

## **¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!**

**Víctor Meza**

Como suele suceder, hay frases, expresiones, palabras, que conmueven y remueven la conciencia social. Tienen el extraño poder de penetrar en lo más hondo y revolver espíritus dormidos o indolentes. Son como aldabonazos súbitos en la mente colectiva.

Hace ya muchos años, en los peores momentos de la crisis de inseguridad en Colombia, un Ministro del Gabinete tuvo la desdicha de pronunciar una frase semejante, invitando a la población a armarse por sí misma, ante la imposibilidad confesada del Estado para proporcionar la seguridad debida a la ciudadanía. El entonces todavía pujante movimiento guerrillero agrupado bajo las siglas del M-19, cogió al pie de la letra la inapropiada recomendación ministerial y tomó por asalto un arsenal del ejército colombiano. Sustrajo centenares de fusiles, munición y explosivos suficientes para sus andanzas armadas, y todavía tuvo tiempo de pintar en las paredes de la bodega saqueada un mensaje cargado de humor siniestro, agradeciendo al infortunado Ministro su oportuno consejo.

Una reciente declaración pública del presidente del Congreso Nacional sobre la necesidad de tomar medidas personales para salvaguardar la seguridad de cada uno, citando como ejemplo la forma en que se “autoprotegen” los presidentes de los Poderes del Estado, ha causado muchas y muy diversas reacciones entre la opinión pública. La mayoría de esas reacciones ha sido de burla y chanza, cuando no de indignación y reproche. La gente se siente ofendida por la inapropiada comparación en que incurrió el diputado presidente, un político menor, de fulgor escaso en el escenario local, acostumbrado a ejercer en la gestión parlamentaria sus vicios de caudillo rural, negando la palabra a los críticos y favoreciendo con la voz sólo a sus partidarios y aliados. Un hijo maltrecho de la antigua tradición bipartidista.

No pretendemos que la reacción de nuestros ciudadanos emule la acción de los guerrilleros colombianos. Por supuesto que no. Pero, no hay duda que la

gente se siente estimulada a buscar la justicia por sus propias manos, como una forma retorcida de protegerse ante la embestida de la violencia generalizada que padecemos. Ante una institucionalidad estatal débil y en permanente crisis, tan profunda que a veces da la impresión de estar sumida en un proceso de evaporación gradual, el ciudadano de a pie se siente desprotegido, sin amparo, huérfano de la mano protectora del Estado, único órgano autorizado para ejercer la violencia y coerción legítimas en una sociedad democrática.

En México, país que lamentablemente sufre una crisis de violencia e inseguridad muy grande, han surgido grupos de autodefensa que, en muchos de los casos, son expresiones directas de la insatisfacción ciudadana, que busca otros canales de expresión para defender la seguridad en las comunidades. Esos grupos de autodefensa pretenden suplir el déficit de institucionalidad del Estado, surgen para llenar el vacío y enfrentar directamente a las bandas criminales que amenazan la seguridad comunitaria. Son manifestaciones de autogestión armada. Tienen sus ventajas y virtudes pero, al mismo tiempo, encierran desafíos y peligros muy graves. A la vez que expresan la autonomía creadora de los grupos comunitarios y son también manifestación de la saludable espontaneidad de la ciudadanía, encierran la semilla potencial del paramilitarismo. Al ser autónomos, es decir independientes del Estado, están fuera del control y, por lo mismo, abiertos a la cooptación fácil por parte de las redes del crimen organizado. Están al borde de una autonomía que con mucha facilidad desemboca en rebeldía armada frente al propio Estado, lo que vendría a sumar un nuevo conflicto en lugar de proporcionar una nueva solución.

En países con institucionalidad frágil y vulnerable, como es el caso nuestro, la creación de grupos de autodefensa comunitaria armada puede derivar en corrientes peligrosas de un militarismo paralelo, tan desafiante como amenazador. Al ser cooptados por el propio aparato estatal de seguridad, esos grupos devienen en núcleos de informantes armados, que actúan al margen nominal del Estado pero que gozan de su discreta complicidad y

tolerancia. Ya hemos visto en el pasado ejemplos de estas curiosas mutaciones. Aprendamos, entonces, las lecciones.